

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE FILCHEZ.

AGOSTO. NUM. 32 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V-1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta. Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece. El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO

El Cardenal Jimenez de Cisneros, por J. Paez y Lopez.
En el primer aniversario de mi querido é inolvidable esposo. poesia, por Josefa Bueno.—La reina de Hungría, por X.—Isabel por M. C.

BIOGRAFIA.

EL CARDENAL JIMENEZ DE CISNEROS.

(Conclusion.)

Avistose en este tiempo con Gerónimo Vianel, y concibió el proyecto de la expedición de África, que despues llevó á cabo.

Murió el Rey D. Felipe; y encargado del gobierno, necesitó de toda su prudencia y valor para reprimir á los grandes y socegar las inquietudes que se originaron, hasta que vuelto Don Fernando de Nápoles, despues de haber depuesto al Gran Capitan, hizo que tomase sobre sí tan penoso cargo, á pesar de la opo-

sición de la nobleza. En este viaje fué cuando D. Fernando obtuvo de Julio II el Capelo de Cardenal para el Arzobispo.

No perdiendo de vista su proyecto de conquistar en Africa, facilitó fondos para armar soldados y bajeles que, mandados por D. Fernando de Córdoba, tomaron el puerto y fortaleza de Mazalquivir; pero derrotado este ejército cerca de Oran, costeó otro nuevo armamento que á las órdenes del Conde Pedro Navarro, y á presencia suya, atacó y tomó la misma plaza por asalto.

Falleció el Rey D. Fernando, y quedó el Cardenal Regente del reino; y aquí fue donde se desplegaron las grandes cualidades que adornaban su alma. Teniendo que luchar á la vez con las inquietudes de los grandes y con las sediciones de los pueblos, redujo y castigó á unos y á otros, desembarazose de las trabas que le oponia su colega el Dean de Lobaina: hizo equipar veinte galeras, que derrotaron la armada de Barbarroja y escarmentaron la osadía de este corsario: por su dirección y cálculo fueron deshechos los planes y destruido el ejército del que fué Rey de Navarra D. Juan de Labrit: arregló la hacienda, reduciendo, ó suprimiendo enteramente, las pensiones infundadas, y alivió con todo su poder la desgraciada suerte de los indios enviando comisionados que reprimieran las vejaciones que ejercian con ellos los españoles.

Próximo á venir el Rey D. Carlos, se hallaba Cisneros, el año de 1517, en el lugar de Bosse-quillas, donde al parecer fué envenenado por arte de sus enemigos. Al tiempo mismo en que acababa de comer, y en que se sentia indispuerto extraordinariamente, entró un religioso á revelar le maquinacion tan negra; pero ya era inutil su aviso. Reflexionando despues el Cardenal sobre su desgracia, dijo al religioso que no era aquella la primera tentativa, pues algunos meses antes al abrir un pliego que se le dirigia de Flandes, un vapor sutil y maligno se habia apoderado de su cerebro, y que desde entonces no gozaba de salud.

Luego que el Rey hubo llegado á España, no dejó Jimenez de darle los consejos mas saludables. Pero los cortesanos flamencos, á quienes hacian sombra las virtudes y carácter de este Ministro, indujeron al Rey á que le separara de los negocios. El Rey con efecto le escribió: «Que partia para Tordesillas á visitar á su madre la Reina, la que deseaba con ansia verle para recibir sus instrucciones en los asuntos públicos y sobre los de su casa en particular: que despues de esto entendia ser necesario, dar al mismo Cisneros algun reposo, y dejarle acabar en paz en su Arzobispado de Toledo los dias que le quedaban: que no podia oscurecésele que solo Dios era capaz de recompensar tantos y tan útiles trabajos como habia empleado por la Monarquia; y que de consiguiente le tendria toda su vida en memoria y le honraria como un buen hijo honra á su padre.» Esta carta llegó cuando ya el Cardenal estaba espirando.

Acabó su carrera este grande hombre el 8 de Noviembre de 1517 á los 82 años de su edad: fué un religioso fiel á sus votos; un Arzobispo cuya pastoral vigilancia nada perdonó ni en las costumbres ni en la eclesiástica disciplina; un Ministro de Estado de ojo penetrante, y sin otra mira que la felicidad de la Monarquia.

Un gobierno difícil y tumultuoso por las conquistas y política de D. Fernando, por la conversion ó reduccion de los moros, por las contestaciones y disjuntos que aceleraron la muerte de Doña Isabel, por los movimientos que produjo la mala inteligencia del Rey D. Fernando y el Archiduque su yerno, con una Reina enferma de espíritu é incapaz de gobernar, y en medio de las envidias y enemistades de los grandes; fueron el campo donde se señaló la capacidad, prudencia y ardimiento del Cardenal Jimenez de Cisneros.

Por lo que hace á su físico, era de buen talle y de venerable aspecto; su andar grave; su voz armoniosa y firme; su rostro un poco largo; sus

ojos pequeños, algo hundidos, pero vivos y llenos de fuego; sus nariz aguileña: y su frente espaciosa, y sin arrugas aun en la vejez

J. P. y L.

Tenemos el gusto de publicar la siguiente bellísima poesia de nuestra querida amiga, la señora doña Josefa Bueno de Altea: es una de las que componen una linda coleccion que va á publicar muy en breve con el título de *Lágrimas y pensamientos*, que recomendamos á nuestros lectores, por la belleza, sencillez y sentimiento que se encuentran en dicho libro.

EN EL PRIMER ANIVERSARIO

de la muerte

DE MI QUERIDO É INOLVIDABLE ESPOSO.

Un año ya Dios mio,
de horribles sufrimientos,
de amargos desengaños,
de llanto y de dolor;
un año ya en que eternos
parecen los momentos,
y solo á mis gemidos
responde mi clamor.

Un año ya, en que el alma
desecha en mil pedazos,
te vió dejar el mundo
por la eternal mansion,
y rotos por la muerte
nuestros amantes lazos,
mi vida es un martirio
de larga duracion.

Mi vida es una noche
oscura de tormenta,
que en vano espera el alba
con nubes de zafir;

es un sufrir constante,
una agonía lenta
que solo ha de calmarse
si dejo de existir.

Mi vida es un desierto
do el pobre peregrino
ni fuentes ni palmeras
encuentra en derredor,
y haziado de fatiga
maldice su destino
y espera allí la muerte
con sin igual valor.

¿Porqué si eras mi vida
y el alma de mi alma;
porqué si tu me amabas
con tierno frenesí,
y sabes que en mi pecho
no existe ya la calma,
no pides al Eterno
me lleve junto á tí?

Cuéntale nuestra vida
de paz y encantos llena;
dile, que yo al perderte
sin rumbo me quedé;
que frágil navecilla
que boga sobre arena
trocados en astillas
sus mástiles verá.

Que el mundo es un mentido
y estéril paraíso
que ostenta bellas flores
sin gala y sin candor;
por eso tú alma justa,
estar en él no quiso,
huiste de mi lado.
al trono del Señor.

Yo quiero de tu vista
gozar la dulce calma;
yo quiero de tus ojos

beber la inspiración;
seguir ¡ay! tus consejos
tan gratos á mi alma;
yo quiero de tus labios
palabras de ilusión.

Mas, donde me conduce
mi loco pensamiento,
pretendo del Eterno
las leyes quebrantar,
y olvido que al dejarme
con vago y triste acento,
«que veles por mis hijos:
dijiste sin cesar.

Que cuides de la vida
de esos pequeños seres,
que forman nuestra dicha,
que son nuestro placer,
si sobre sus cabezas
la desventura vieres,
apártala indignada,
pues ese es tu deber».

Perdona, esposo mío,
que en mi penar profundo
por un momento olvido
que tengo que vivir,
y de las tres misiones
que traje yo á este mundo
me queda la mas grave
sumisa que cumplir

Que escucho de mis hijos
las voces inocentes
que calman un instante
mi grave padecer;
que imprimo cariñosa
mil besos en sus frentes,
y mi cansada vida
alienta allí su ser.

Pide, esposo querido,
que Dios en su clemencia

ampare á nuestros hijos
y los conduzca al bien;
que preste á mi cabeza
la justa inteligencia,
y pueda yo enseñarles
la senda del deber

Y cuando me pregunten
¿en donde está mi padre?
henchido de amargura
mi pobre corazon,
diréles yo anhelante:
«solo teneis ya madre,
él desde el cielo os manda
su tierna bendicion.»

Perdona de mi canto
la pobre melodía,
y de mi rota lira
el destemplado son;
há un año que olvidada,
y sin sonar yacía,
y hoy miro que le falta
tu amante inspiracion.

Y en tanto que mi vida
aliente un solo instante,
y lata vagamente
mi yerto corazon,
mi alma dolorida
no ha de dejar de amarte,
y verte á todas horas
como feliz vision.

Josefa Bueno.

LA REINA DE HUNGRÍA.

En 1206 Hernando, landgrave de Lhuringia y de Hesse, conde palantino de Saxe, convocó á su castillo de Wartburg los seis poetas mas célebres de Alemania convenidos en entregarse á un certamen literario ante el principe y su corte, al cual debia asistir el verdugo con las cuerdas en las manos, dispuesto á ejercer su oficio en el acto, con aquellos cuyos cantos fuesen juzgados inferiores al del vencedor ó vencedores. El landgrave aceptó y presidió esta competencia singular, á la que concurrió un crecido número de señores, damas y caballeros: competencia que demuestra cuan en poco tenian aquellos hombres la vida respecto á la sed de gloria. Los entusiasmados rivales cantaron sucesivamente los misterios de la religion, el poder del arrepentimiento, el imperio de la cruz y la escelsa gloria de Maria, nueve veces mas bella que la misericordia, mas bella que el mismo sol.

Estos cantos coleccionados y conocidos con el título de «Guerra de Wart-burg, constituyen hoy aun una de las flores mas lozanas de la literatura germánica.

Las composiciones son tan armoniosas é inspiradas, que muy lejos de ahorcar á ninguno de sus autores fueron altamente aplaudidos y aclamados todos acreedores al triunfo.

Sin embargo, el duque diffirió la decision hasta el año siguiente en otro nuevo certamen, anunciando la pronunciaria el célebre Klingsohr trovador del rey de Hungría.

Este gran maestro en siete artes liberales fué exacto á la cita, acudiendo en Eisenach á casa de Enrique Hellgref, en cuyo jardin recibió por la tarde numerosas visitas de señores y particulares.

—Poeta, le dijeron sus admiradores, vos que leis en los astros y en las almas, en el presente y el porvenir, anunciadnos algo nuevo.

Klingsohr alzó los ojos al cielo, contempló el firmamento y respondió.

—Voy á anunciar una grata y fausta noticia. Diviso una estrella resplandeciente fija sobre Hungría que derrama su luz en Marburgo y de Marburgo al mundo entero.

Es una hija que ha nacido esta noche misma á mi señor el rey de Hungría; se llamará Isabel, será esposa del hijo de vuestro landgrave de Thuringia y asombrará al mundo por la santidad de su vida.

De este modo se anunció á la cristiandad por los poetas populares, que los antiguos llamaban bates (adivinos) el nacimiento de Isabel.

Al escuchar tal prediccion prorrumpieron en gritos de alegría, y fueron al dia siguiente á participar al duque Hernando la profecia de Klingsohr.

Este apenas la oyó montó á caballo y vino con toda su corte en busca del poeta, conduciéndole despues triunfalmente á su castillo, donde los nobles le trataron como señor y los sacerdotes como obispo.

Concurrió á a mesa ducal, asintió al nuevo certamen de los poetas, y declaró que ninguno merecia la cuerda, no obstante que habia ganado la corona contra sus nobles rivales el simple particular Enrique Offerdingen.

En esta época no se desconocian los privilegios del talento.

En efecto, habia dado á luz una hija Gertrudiz de Merama, esposa de Andrés II rey de Hungría, y recibido el nombre de Isabel. Su nacimiento fué prenda de paz para su patria; su infancia anunció las virtudes de su juventud; las primeras palabras que murmuraron sus labios fueron de oraciones, y los primeros ademanes, para convocar los pobres á su alrededor.

El landgrave Hernando que experimentaba un placer con estas nuevas, resolvió verificar la prediccion de Klingsohr, para lo que envió una embajada, solicitando la mano de Isabel para su hijo.

Su padre no solo la concedió sino que consintió la traslacion á Thuringia de la nueva desposada que contaba solo cuatro años.

En Wartburg como en Presburgo crecia su santidad á la par que su belleza.

Cuando jugaba con sus compañeras de infancia, empleabam los ardides para llevarlas á la iglesia, y si por acaso hallaban cerrada la puerta, daba el ejemplo para hacerlas besar la cerradura con respeto.

Otras veces las dirigia al cementerio y arrodillándose ante las sepulturas decia:

—«No olvidemos que á nuestra vez no seremos mas que polvo; estas gentes han estado vivas como nosotras y ahora son muertas como nosotras lo seremos. Roguemos á Dios para la purificacion de sus almas y la salvacion de las nuestras.»

Tales eran, dice el poeta Ruteboeuf, sus recreos y sus juegos.

Sus amiguitas la respetaban extraordinariamente por que creian ver al niño Jesus que descendia á saludarla y acariciarla; mas ella las reprendia se atreviesen á pronunciar tales blasfemias.

A medida que se desarrollaba su entendimiento se desarrollaban tambien en su corazon los instintos de humildad: fiel á los preceptos del Evangelio, prefería el pueblo á la nobleza; los pobres á los ricos; los pequeños á los grandes. Esta modestia le granjeaba el menosprecio de su nueva familia, sobre todo el de su suegra, herida por este concepto en lo mas vivo de su orgullo.

El dia de la fiesta de la Ascension dijo la duquesa Sofía:

—«Vamos á ver la ofrenda de frutos y granos de la misa de los caballeros teutónicos; poneos para esta ceremonia el vestido mas santuoso y la corona de oro.»

Isabel obedeció, pero apenas se consideró ante Cristo coronado de espinas, arrancó la diadema de su frente, declarando no queria que su corona fuese irrision de la del Salvador.

Con esta conducta se ganó el odio de su suegra que la concitó el de toda la corte. Se trató de encerrarla en un convento á fin de romper los lazos del hijo del landgrave, pero el duque Luis, aunque muy joven, permaneció fiel á sus compromisos y digno de la que debia ser su esposa; no regresaba de ningun viaje sin traerla un recuerdo y una fineza.

Una vez solamente se olvidó este deber; Gautier de Varila á quien Isabel manifestó su sentimiento é inquietud los participó al príncipe que exclamó:

—«Yo abandonar á Isabel. ¿Veis el Inselbeg, montaña la mas alta de Thuringia? pues si desde la base á la cúspide fuese de oro, la daria por los tesoros que encierra el corazon de mi desposada.»

Poco tiempo despues tuvo lugar el enlace, Luis contaba apenas veinte años; Isabel trece. Con este motivo cesaron ya las faltas de atencion; el amor del esposo reconquistó á la esposa el respeto de todos.

(Continuara.)

X.

ISABEL.

(Continuacion.)

En vano Fedora buscaba todas las expresiones mas halagüeñas para dar gracias y bendecir al que le habia abierto las puertas de la casa de Dios, y habia salvado á su esposo: en balde le llamaba Spinger el apoyo, la providencia de los desgraciados; permanecia casi insensible á estos elogios que apenas respondia, y el nombre de Isabel se escapaba de su boca á cada instante. Su turbacion reveló una parte de su secreto á los desterrados, y esto quizá le hizo mas caro á los ojos de Fedora. Aquel amor cuyo objeto era su hija, lisonjeaba vivamente su orgullo, que no es poco el de una madre. Spinger, menos accesible á aquel sentimiento de ternura, temiendo únicamente que su hija notase aquel efecto que podia turbar su reposo, estimulaba á Smoloff á que obedeciese á su padre, terminando lo mas pronto posible una visita que el jóven trataba de prolongar con mil pretextos diversos. En esto, la tempestad estalló, y los desterrados temblaron por su hija Isabel.

—¡Qué va á ser de mi Isabel! gritaba desconsolada su madre.

Cogió Spinger su baston, y abrió la puerta para ir á buscar á su hija. Smoloff se precipitó en su seguimiento.

Soplaba el viento con violencia, tronchaba los árboles á cada paso, y se arriesgaba la vida al atravesar el bosque. Quiso Spinger oponerse á que le siguiese el joven, manifestándole el peligro que en ello habia; pero no lo consiguió. Bien conocia éste el peligro, pero lo arrastraba con placer: se consideraba feliz al arrostrarlo por Isabel.

Hallábase ya en el bosque, cuando Smoloff preguntó.

—¿Por que lado iremos?

—Hacia la Landa grande, respondió Spinger; ahí va todos los dias, espero que se habrá refugiado en la capilla.

Ni una palabra mas hablaron, inquietos igualmente; nada tuvieron que decirse; marcharon con la misma intrepidez, inclinándose, agachándose para evitar el choque y la caída de las ramas que se desprendian de los árboles, de la

nieve que el viento les arrojaba al rostro, y de los pedazos de rocas que la tempestad hacia saltar sobre sus cabezas.

Habiendo llegado á la Landa, no tuvieron ya que temer la caída de los árboles; pero en cambio las ráfagas del viento Norte los arrastraban y derribaban: despues de muchos esfuerzos llegaron á la capilla de madera, en la que esperaban que Isabel se hubiese refugiado; pero al ver aquel débil y misero abrigo, cuyas tablas separadas chocaban entre sí, pareciendo que iban á separarse, temblaron al pensar que se hallase allí: Smoloff animado de un ardor extraordinario, adelantó algunos pasos á Spinger, entró el primero, y vió... ¿es un sueño? vió á Isabel impassible y tranquila, dulcemente dormida al pié del altar.

Lleno de una inesplicable sorpresa se detiene, mostróla á su padre, é impulsados ambos por un mismo sentimiento, caen de rodillas ante el ángel que dormia bajo la proteccion del cielo. El padre se inclinó sobre el rostro de su hija; el jóven baja los ojos con modestia, como no osando mirar de cerca una inocencia tan divina.

Despertose Isabel, reconoció á su padre, y arrojándose en sus brazos, exclamó:

—Ya sabia yo que velabas por mí.

Estrechóla Spinger en sus brazos con un movimiento convulsivo.

—Desgraciada niña, la dijo, ¡que angustia hemos pasado tu madre y yo!

—Padre mio, perdonadme sus lágrimas, y vamos á enjugarlas.

Levantóse y vió Smoloff.

—Ah! dijo con una dulce conmocion, ¡todos mis protectores velan por mí: Dios, mi padre y vos!

Contuvo el jóven los latidos de su corazon, dispuesto á saltar de su pecho,

—Imprudente, replicó, Spinger; hablas de volver: ¿sabes si es posible, y si tu debilidad resistirá á la fuerza de la tempestad, cuando M. Smoloff y yo hemos escapado por milagro?

—Probemos, respondió; tengo mas fuerzas de las que crees; conozco que te tranquilizarás, y verás lo que soy capaz de hacer por consolar á mi madre.

Al hablar de este modo, sus ojos brillaban con un fuego tan extraordinario, que Spinger vió que no habia abandonado su proyecto; se apoyó en su brazo y en el de Smoloff: ambos la sostuvieron y garantizaron su cabeza, cubriéndola con sus grandes capas. ¡Cuántas veces bendijo Smoloff aquel viento y aquella tempestad, que la hacia tropezar y la obligaba á sostenerse en

él! No temia perder su vida, que mil veces hubiera espuesto gustoso por disfrutar de semejantes momentos, no por la de Isabel, que estaba convencido salvarla, y en la especie de entusiasmo que se apoderó de él, hubiera desafiado á que lo impidiesen todas las tempestades del desierto.

Ya el cielo se serenaba y no amenazaba mas; las nubes se disipaban, y cesaban de huir con una velocidad espantosa; el viento cesó, el corazón de Spinger se serenó, y el de Smoloff gimió. Isabel se desprendió del brazo de su padre; quiso andar sola, y despreciar á su vista los peligros y el resto de la tempestad, que agitaba todavia la atmósfera; orgullosa con sus fuerzas, experimentó una especie de satisfacción al mostrarlas á su padre, y esperó convencerle que no le faltaran para ir á pedir su perdon, aunque fuese al fin del mundo. Fedora los recibió en sus brazos, y bendiciendo al Dios que se la devuelve, consoló á su hija de las lágrimas que la habia hecho derramar; hizo que se secasen sus botas de piel de ardilla; la despojó de su sombrero forrado, y trenzó su larga cabellera. Estos cuidados maternos, tan tiernos y sencillos, que Isabel recibia todos los dias, y que cada vez la impresionaban mas, conmovieron vivamente al jóven Smoloff; conoció que era imposible amar á Isabel sin amar á su madre, y que la felicidad de ser esposo de esta jóven encerraba otra dicha casi tan grande, como era la de ser hijo de Fedora.

Habiéndose disipado enteramente la tempestad y serenándose el cielo, declinaba el dia. Cogió Spinger la mano del jóven, estrechola con un sentimiento doloroso y tierno, y le recordó era tiempo de que partiese. Entonces supo Isabel que habia ido por la última vez: ruborizose y se turbó:

—¿Qué? dijo, no os volveré á ver?

—¡Ah! respondió con viveza: mientras me halle libre y habiteis estos desiertos no abandonaré á Saimka: os veré en el bosque, en la llanura y en las orillas del rio: os veré en todas partes. Detúvose repentinamente, sorprendido de lo que experimentaba y de lo que habia dicho: Pero Isabel no comprendió lo que acababa de oír, no vió sino la certidumbre que tiene de confiarle sus proyectos; y asegurada por esta esperanza, le ve partir sin sentimiento.

Cuando llegó el domingo, Isabel y su madre se dispusieron muy temprano para ir á Saimka. Spinger se despidió de ellas un tanto conmovido; desde su destierro era la primera vez que se separaban, y permanecía solo en su cabaña; ocultó su emocion, las bendijo con voz tranqui-

la, poniéndolas bajo la proteccion del Dios que iban á implorar.

La atmósfera estaba tranquila, y parecióles el camino corto; guiábalas por el bosque la jóven aldeana tártara, quien las acompañó hasta Saimka. Al entrar en la iglesia, los ojos de todos se fijaron en ellas, los suyos solo en Dios. Henchido de piedad su corazón, con la cabeza inclinada, se adelantaron hasta el altar, se prostraron humildemente, dirigieron á Dios las mismas plegarias sobre el mismo objeto; y si las de Isabel fueron mas amplias que las de su madre, Dios las escuchó del mismo modo.

Mientras duró la ceremonia, no levantó esta jóven el velo que cubria su rostro, fijó su pensamiento en Dios y en su padre, elevóse tambien hasta á aquel de quien esperaba socorro. El piadoso concierto de tantas voces, cantando el himno de Dios, produjo en ella una impresion tan profunda que quedó extasiada; no habia oído cosa semejante en su vida; parecia ver abrirse el cielo, y que Dios acompañado de sus ángeles venia á enseñarla el camino. No cesó esta vision sino con la música: entonces únicamente Isabel levantó la cabeza, y vió al jóven Smoloff de pié, á algunos pasos, la espalda apoyada contra un pilar y los ojos fijos en ella, con la expresion mas tierna. Creyó ver el ángel que Dios acababa de prometerla para librar á su padre; dirigióle una mirada de reconocimiento. Conmoviose Smoloff; parecíale que aquella mirada estaba de acuerdo con su corazón.

Al salir de la iglesia propuso á Fedora la conducir en su trineo hasta la entrada del bosque; y ésta accedió á ello gustosa: era un medio de encontrar mas pronto á su esposo; pero Isabel sintió mucho este arreglo. Caminando á pié, creyó que encontraría el momento de hablar en secreto á Smoloff, lo que en un trineo era imposible. Podia revelar su secreto delante de su madre, que no teniendo idea alguna de su proyecto, lo rechazaria con espanto y prohibiria al jóven la alentase. Sin embargo, ¿debía perder aquella ocasion favorable, quizá única que se presentara para revelar su proyecto á Smoloff? La turbacion y la incertidumbre ajitan su corazón; ya el trineo tocaba los primeros árboles del bosque, y Smoloff mismo manifestó que no podia pasar adelante. Pero no pudiendo resolverse á abandonar tan pronto á Isabel llevó el trineo hasta las orillas del lago, pero allí le fué preciso detenerse. Fedora bajó la primera, y al darle la mano le dijo:

—¿No venís á pasear algunas veces por aquí? Isabel que bajó despues de su madre respondió en voz baja y precipitada;

—No aquí sino mañana en la capilla de la llanura.

Acababa de dar una cita, pero no lo sabia; creia no hablar mas que por su padre; y viendo en los ojos de Smoloff que habia comprendido su súplica, los suyos revelaron una alegría estremada. Mientras que su madre y ella se dirigieron á la cabaña, Smoloff solo, se volvió al traves del bosque, sumido en las mas deliciosas y encantadoras ilusiones. Despues de lo que acababa de oír ¿podia dudar de que le amaba Isabel. Y conociéndola como la conocia, ¿no debia enagenarlo la felicidad? A la mañana siguiente, cuando Isabel volvía á la capilla de madera, no iba con la turbacion de llevar á cabo una accion arriesgada, sino con la seguridad de la inocencia. Su paso era mas presuroso, mas rápido, por que dominaba en ella la idea de libertar á su padre.

El sol derramaba su luz sobre una llanura de nieve; mil pedazos de hielo unidos á los arboles multiplicaban su brillante imagen bajo todas las formas y en espejos de todas dimensiones; pero el brillo tan vivo y puro que arrojaban era menor que el que destellaba el corazon de Isabel. Entró en la capilla, pero Smoloff no se hallaba en ella todavía: turbola esta tardanza, y una ligera nube apareció en sus ojos. ¡Ah! no era el amor ni la vanidad quien la producía. En semejante momento, ni las pasiones ni las debilidades pueden llegar hasta Isabel; pero temia que un accidente, una circunstancia imprevista hubiese retardado los pasos de quien esperaba. Inquieta pidió á Dios que no prolongase por mas tiempo la incertidumbre en que se hallaba.

Mientras que oraba, Smoloff llegó y se admiró de que le hubiese precedido. El hombre camina presuroso cuando la pasion es la que le impele; pero Isabel probó esta vez que la virtud que corre á cumplir su deber, va con mas presteza. Al ver á Smoloff, levanto los ojos al cielo y volviéndose hacia él con una gracia encantadora, le dijo:

—Caballero, os esperaba con impaciencia.

Estas palabras, la expresion de sus miradas, aquella cita, la exactitud con que la habia cumplido, todo confirmó al joven que es amado: fué á decir que la amaba tambien, pero no le dió tiempo.

—M. Smoloff, exclamó, escuchadme, os necesito para salvar á mi padre, prometedme vuestro apoyo.

Estas pocas palabras confundieron todas las ideas del joven: turbado, confuso, presintió su negativa, pero por esto no la amó menos. Cayó de rodillas, creyó que se hallaba ante ángel, y no ante ella, y juró obedecer.

La joven continuó así:

—Desde que he podido hacer uso de mis facultades, mi único pensamiento ha sido mis padres: su amor mi único bien: su felicidad el objeto de mi vida entera. Son desgraciados; Dios me destina á socorrerlos, y os ha enviado para que me ayudeis á desempeñar mi mision: Smoloff, quiero ir á San Petersburgo á pedir el perdón de mi padre.

Hizo un ademan de sorpresa como para combatir este proyecto; pero la joven se apresuró á añadir:

—No podré deciros desde qué tiempo abrigo esta idea; me parece que la he recibido con la vida, que la he mamado con la leche, es la primera cosa de que me acuerdo; jamás me ha abandonado; me duermo, despierto y respiro siempre con esa idea: la que me ha conducido aquí, la que me inspira valor para no temer la fatiga, la miseria, ni la muerte, y me hará desobedecer á mis padres si me mandan no partir. Ved, Smoloff, lo inútil que es combatir resoluciones que son inalterables.

Mientras duró este discurso, las esperanzas del joven quedaron defraudadas; pero experimentaba hasta el delirio el sentimiento de admiracion, y el heroismo de aquella joven le arrancaba lágrimas tan dulces quizás como las del amor.

—¡Ah! le dijo, feliz, mil veces feliz por haberme elegido para oiros, ayudaros; pero no conocéis todos los obstáculos...

—Dos me han inquietado únicamente, únicamente, exclamó ella, y no hay en el mundo quien pueda vencerlos sino vos.

—Hablad, hablad, le dijo, deseoso de obedecerla: ¿qué podeis pedirme que sea superior á lo que yo quisiera hacer por vos?

—Estos obstáculos, hélos aquí, respondió Isabel; ignoro el camino que debo tomar, no estoy convencida de que mi fuga pueda dañar á mi padre: es preciso que me indiqueis el camino, las ciudades que he de encontrar á mi tránsito, las casas hospitalarias que recojan mi miseria, el medio mas seguro de hacer pasar á manos del emperador mi peticion; pero antes de todo es necesario que me respondais de que vuestro padre no castigará al mio por mi fuga.

Smoloff respondió:

(Continuará.)

M. C.

GRANADA. Imp. de La Madre de Familia.